

2.222.255 hectáreas, de una renta anual de 33.000.000 de francos (1).

A las puertas de Roma las pequeñas propiedades eran menos raras acaso que lo son ahora. En el término de Ceres poseía un labrador 14 yugadas (*jugera*) ó 3 hectáreas 54 áreas: Marcial lo



Oficio desconocido



Calzador



Arquitecto

no revela una gran concentración de propiedades. Finalmente los grandes dominios, *latifundia*, no estaban siempre cultivados por manos serviles. Plinio el Joven daba sus tierras en arrendamiento y Columela aconsejaba el empleo de colonos libres.

Se discute sobre el imperio, partiendo de la hipótesis de que el trabajo servil lo hacía todo en él, y en efecto había sucedido así, poco más ó menos, en la época en que la guerra llenaba de cautivos á Roma y á Italia; en que tenía Craso por sí solo hasta veinte mil esclavos, que alquilaba á todos los contratistas y empresarios para todos los oficios y trabajos. Pero la guerra no alimentaba ya este comercio desde que las legiones se limitaban á guardar las



Tonelero



Vendedor de fruta

fronteras, y las bajas que hacían en la población esclava la mortalidad y las manumisiones difícilmente se cubrían con los nacimientos serviles, la trata, la exposición, el rapto ó venta de niños.

Quedaba pues á los artesanos libres amplio lugar en el campo del trabajo, y este lugar se ensanchaba diariamente

(1) Sólo el duque de Sutherland tiene 482.876 hectáreas, la extensión media de un departamento francés y una 7.<sup>a</sup> parte de la superficie del Reino Unido; 4.703.120 hectáreas están en manos de 90 propietarios (*Econ. franç.* 23 mayo 1874 y 7 set. 1879).

llama el más rico cultivador de la comarca y debía parecerle así al poeta, que, como otros, tenía una propiedad de la cual decía: «En mi tierra no cabe nadie más que yo.»

En Veleya cuarenta y seis propietarios, acaso los más ricos del país, tenían bienes que por término medio valían de 70 á 80.000 francos; lo cual

á proporción que se desarrollaban las industrias del vestido, de los géneros alimenticios, de la construcción, de los objetos de arte y del inmenso comercio que tenía que transportar y vender las mercancías del universo.

San Pablo quería que el obispo y los sacerdotes ejercieran un oficio honrado; y cuando Dion Crisóstomo huyó de Roma, sin más bienes que el *Phedon* de Platón y una arenga de Demóstenes, pudo llegar á la extrema frontera del imperio, viviendo á lo largo del camino del trabajo de sus manos en las granjas del campo ó en los jardines de las ciudades. De esta manera los grandes dispendios que arruinaban las casas de los patricios recaían en lluvia de oro sobre el operario y llenaban las arcas del negociante.

Ya antes del imperio indicaba á los pequeños propietarios Varrón las ventajas que encontrarían en establecer «jardines en los afueras de las ciudades, donde se vendieran á peso de oro las flores y las frutas.» En prueba de lo que se podía hacer con pocos recursos, pero con industria, les pone el ejemplo de dos antiguos soldados, dos hermanos, poseedores de una casita en medio de un palmo de tierra que habían cubierto de plantas apetecidas de las abejas y establecido colmenas, de cuya miel sacaban por término medio diez mil sestercios anuales (2).

En las ciudades daban á los pobres trabajo y pan mil industrias necesarias á los ricos, los cuales no encontraban entre los esclavos los operarios especiales que exigían. El barbero de Juvenal pudo ganar lo suficiente para comprar campos y casas, y Marcial vió cómo un zapatero llegó á la fortuna á que no pudo él llegar.

Vese, pues, cómo á fuerza de economía, de habilidad y de felices circunstancias, podían gentes humildes elevarse sobre su condición y de estas gentes había gran número, entonces, como ahora. Cuando Domiciano hizo quitar de las calles los puestos portátiles que las embarazaban, exclamó Marcial: «Roma es, en fin, Roma; antes no era más que una inmensa tienda.» Y el ejemplo de Pompeya prueba que lo mismo sucedía en las ciudades pequeñas.

Con su millón y medio de habitantes, ofrecía Roma los mismos fenómenos sociales que nuestras ciudades moder-

(2) *De Re rust.* III, 16, 10. El campo tenía la extensión de media arpena ó yugada. Los antiguos suplían con miel el azúcar.

nas: por encima de los pequeños industriales, los grandes; no lejos de los tabucos en que estaban establecidos los unos, los espléndidos almacenes en que reinaban los otros: nuestro mercado del

Temple en todas las calles; el *bulevar* de los Italianos á lo largo de la vía *Sacra*, en los *Septa* del Campo de Marte y en el arrabal Toscano; aquí palacios, allá antiguas cortes de los milagros. En fin, la lucha por la existencia, ardentemente empeñada de abajo arriba, y entonces como ahora, acabando á veces los pequeños por comerse á los grandes, el pobre por devorar al rico, el laborioso, hábil y económico por triunfar de la riqueza ociosa y pródiga.

La literatura oficial, es decir la de la alta sociedad, la única que ha llegado á nosotros, vivía de los lugares comunes del pasado, y sin ver nada de aquella gran labor, continuaba desdeñando á los trabajadores, salvo Dion Crisóstomo, que ponía á un operario útil por encima de un retórico gárrulo y reluciente (1). Pero inscripciones, muestras ó rótulos de almacén, restos á veces informes y sin embargo significativos, cosas todas desdeñadas por la historia, atestiguan esta transformación: la sociedad agrícola de Catón el Antiguo viniendo á ser la sociedad industrial del imperio. No era menos que una revolución económica y por consiguiente social, que como ya hemos demostrado, modificó profundamente la ley civil.

La misma revolución se producía en todas las provincias. Consúltense en el museo de San Germán los numerosos monumentos funerarios de hombres de oficio que han dejado ya á descubierto solamente las excavaciones de la Galia; monumentos que atestiguan dos hechos: el bienestar de los industriales bastante ricos para construirse costosos sepulcros, y la altivez de los representantes del trabajo libre, que lejos de ocultar su condición, quieren que se les vea después de muertos con la herramienta que manejaban en vida. Aquellos hombres tenían con toda evidencia el orgullo de su profesión, y si lo tenían era indudablemente porque sus conciudadanos encontraban legítima esta altivez.

El lujo no es en sí cosa vituperable: cuando es moderado y de buen gusto, denota en los que lo tienen una elegancia de espíritu que revela otras buenas cualidades. Algunas de las bellas pinturas de Pompeya, no dan mala opinión de los que las encomendaran; ni desplace encontrar en la casa de Livia aquellos adornos tan elegantes como discretos, que hacen pensar en una vida bien ordenada.

(1) *Orat. VII.* También se encontrarán en Séneca, Estacio, Luciano y otros más de un pasaje en que se honra el trabajo; pero sólo de paso, á la ligera. Mientras subsistió la esclavitud, las ideas de los letrados debían ser contrarias á la rehabilitación del trabajo.



Batenero

Platón lo ha dicho: «La belleza tiene una virtud benéfica.» El lujo de orden inferior, el que arrastra á gastos locos y estériles ó se dirige al fondo más turbio de nuestra naturaleza, á los apetitos sensuales y vulgares, ese es el lujo que debe proibirse. En la época de los Césares estaba en todo su auge y no queremos rehabilitarlo: exaltaba las pasiones que conviene contener, y si no hubiera de tenerse más que este, más valdría pasarse sin el otro. Por desgracia, van en compañía, y por eso los condena la filosofía á los dos. La historia que conoce mejor las condiciones verdaderas de las sociedades, se limita á condenar el abuso y á mostrar que por una justa ley de expiación, las riquezas mal adquiridas se van pronto disipadas por los hijos de los despojadores. La miseria de Hortalo, la desesperación de Apicio, la muerte de tantos personajes que, como Vitelio, fueron á las gemonias á acabar la orgía comenzada en los palacios, le inspira poca compasión. Estas desgracias individuales, aun le parecen compensadas por el alivio de tantos millones de hombres, por el advenimiento de una nueva nobleza cuyos oradores son Tácito y Plinio, cuyos generales Virginio Rufo y Agrícola, cuyos emperadores Trajano y Adriano.

#### IV. — LUJO DE LOS TRABAJOS PÚBLICOS. — TEATROS Y ANFITEATROS

Hay que hacer otra reserva, cuando se habla de las prodigalidades de los romanos, y es que una parte de las riquezas del Estado y de los particulares se empleó en construcciones que servían, no como Versalles, el orgullo del príncipe, ó como los castillos de nuestros antiguos señores, la vanidad de una casta, sino los intereses generales del imperio, como los caminos, los puentes, los puertos, los arsenales, etc.; ó las creencias, las aficiones y el bienestar de la multitud, como los templos y las basílicas, las termas y los pórticos, los circos y los teatros.

Los antiguos nombres subsistentes siempre en Roma y en las ciudades provinciales, de república y pueblo sobe-

rano, obligaban al príncipe á orillas del Tíber y á los ricos en sus municipios á pagar á los pobres en liberalidades de todas clases la deuda de su poder, de sus dignidades y honores. Augusto dió el ejemplo. Se recordará que se jactaba de haber hecho de Roma una ciudad de mármol, y el más económico de los emperadores, Vespasiano, no se espantó, ni mucho menos, del enorme gasto que supone el gigantesco edificio, llamado por los romanos *el Coloso*. Aun entre los malos príncipes, hubo pocos que no dejaran alguna construcción emprendida con la mira de la utilidad pública. ¿Qué capital moderna ha puesto al servicio gratuito de la multitud, monumentos comparables con el teatro de Marcelo, con las termas de Caracalla, el coliseo de Vespasiano, aquellos pórticos en que se paseaba al aire libre y sin embargo á cubierto del sol y de la lluvia, teniendo á la vista en espacio de muchos kilómetros las obras maestras de la Grecia?

Si se exceptúa lo que en estos últimos años se ha hecho



Pajarero

en Londres y París, ¿qué son nuestras obras hidráulicas al lado de las obras de los romanos para proveer de agua á las poblaciones urbanas? En los países meridionales, el agua es un artículo de primera necesidad, puesto que el baño es en ellos una higiene indispensable; darla gratis era, como diríamos ahora, muy democrático, y se hacía llegar á todas partes. Roma es aún, á pesar de la ruina de tantos acueductos antiguos, la ciudad mejor provista de fuentes públicas en todo el mundo (1).

En las ciudades provinciales, la busca de aguas que se pudieran llevar á ellas era la primera preocupación de las curias. Ya vimos en la correspondencia de Plinio, como gobernador de Bitinia, cuán considerables eran los capitales empleados en estos trabajos. En otro tiempo, con estar Lyon entre dos ríos, carecía de agua, y todos los veranos quedaba Nîmes expuesta á perecer de sed. Los romanos supieron hacer subir el agua en la una hasta la cima de Fourviers y traer á la otra por el puente del Gard las frescas y puras fuentes de las Cevenas.

**Teatros y anfiteatros.** — Si los teatros eran más peligrosos que útiles, no era culpa de los que los construían, sino de los poetas que hacían malas obras y de los espectadores, que las querían licenciosas. Cuando las fiestas del pueblo conservaban aún algo de su carácter primitivo, el de misterios religiosos, ya se gustaba de reír los chistes groseros y obscenidades que no desplazaban en los juegos Florales á los más severos republicanos. ¿Qué vinieron á ser aquellas costumbres en medio de un populacho reclutado entre los antiguos esclavos?

Sería menester ir hasta el fondo del Oriente para ver en las danzas lascivas de las almeas de la India ó de Egipto algo que recordara las actitudes de los mimos de Roma, de las bailarinas de Gades y de Antioquía y de la que fué la emperatriz Teodora. Aun sin ir tan lejos, se encontrarían en las fiestas reales de los siglos xv y xvi, en plena sociedad cristiana, exhibiciones de mujeres completamente desnudas, escogidas á veces entre las más nobles damas de la ciudad, como aquellas que representaron en Lilla, delante de Carlos el Temerario, el célebre juicio de París. En nuestros días no se han imaginado los cuadros vivos y los bailes de la ópera para formar una juventud austera; pero, á Dios gracias, ni aun en estas piezas, llega el realismo hasta el extremo de mostrar á los espectadores como en la obra de Eurípides, una mujer ultrajada en la misma escena y como á los del *Hércules moribundo* una verdadera pira, cuyas verdaderas llamas consumen á un hombre vivo (2).

En cuanto á los circos, los romanos no los comprendieron como los griegos. En Olimpia, los más nobles y valientes eran los que bajaban á la arena, y á esta costumbre debieron los ejercicios del estadio una dignidad que no tuvieron los juegos romanos. En esto somos nosotros herederos más bien de los romanos que de los griegos. Tampoco gustaron nunca los griegos de aquellos sangrientos espectáculos en que todo un pueblo se reunía á ver cómo las fieras devoraban á los hombres, y cómo se degollaban por dinero, por un aplauso de la estúpida multitud ó por una sonrisa del príncipe, combatientes voluntarios, hombres libres, hasta senadores (3).

(1) Agua de alimentación por día y por habitante: en Roma (1869) 0<sup>m</sup>,944; en París (1875) 0<sup>m</sup>,200; en Londres (1874) 0<sup>m</sup>,125 (Reclus, *Nouv. géogr. univ.* p. 471).

(2) Suetonio, *Nero*, 12, y Marcial, *de Spect.* 6, 23. En el núm. 9 habla de un Laureolo, que ligado á una cruz en el anfiteatro, fué abandonado á las fieras, y en el núm. 23, de una representación de *Orfeo*, en que el actor era desgarrado por un oso. Cierta que eran condenados á muerte. La muerte de fuego era un suplicio legal.

(3) ... *Feminarum illustrium senatorumque plures per arenam*

El mejor de los emperadores, Trajano, hizo combatir á diez mil cautivos en fiestas que duraron ciento veintitrés días; ya vimos reunidos por Claudio hasta veinte mil para el simulacro de una batalla naval en el lago Fucino, y se recordará que no estando resueltos á morir todos aquellos desgraciados, avanzaron, para obligarlos á ello, las legiones, las catapultas y otras máquinas de guerra.

Otros, al contrario, asían con júbilo la espada que iba á hacerles salir de la vida ó de la servidumbre. Algunos actores consumados en estos juegos sangrientos, ponían arte en sus movimientos y elegancia en su actitud para dar ó recibir el golpe mortal. Al caer heridos mortalmente, todavía estudiaban otros movimientos y otra actitud y morían con gracia. Pero á veces también, un noble cautivo se negaba á entrar en esta lucha degradante, y con la frente alta y los brazos cruzados esperaba al león ó á la pantera.

Terminados los juegos, esclavos armados de garfios sacaban los cuerpos de la arena y los arrojaban en confusión al *spoliarium*, especie de caverna abierta bajo las gradas del anfiteatro, adonde luego acudían dos hombres á cual más siniestros, Mercurio y Caronte. Mercurio iba tocando los cuerpos con un hierro candente para cerciorarse de si conservaban todavía algún resto de vida y entregaba al médico los heridos que no le parecían graves; Caronte remataba con una maza á los que en su sentir no valían la pena de curarlos. Dos puertas daban salida al *spoliarium*; por la una salía la carne viva, y por la otra la carne muerta: *porta sanavivaria, porta mortualis*.

Se han encontrado ruinas de anfiteatros en setenta ciudades de Italia (4). ¡Qué espantosa carnicería para recreación popular!

Menos sin embargo de lo que se imagina. Todos los años perecían en los circos algunos centenares de hombres, millares acaso (5); pero unos eran prisioneros de guerra ó criminales condenados por la justicia á quienes se dejaba una probabilidad de escaparse de la muerte, y otros eran industriales de una especie particular, que como el torero español se jugaban la vida por el lucro, *mortisque et vulnera vendita pastu*. Nosotros que suprimimos la tortura, que hasta procuramos ocultar la expiación suprema, miramos con horror esas ejecuciones que desmoralizan el suplicio y no vemos ya la justicia que castiga al criminal, sino la alegría feroz de un pueblo que se divierte.

Esta repugnancia es legítima. Hay que decir, sin embar-

*fedati sunt* (Tácito, *Ann.* XV, 32). Petronio (*Sat.* 117) nos ha conservado la fórmula del juramento que debían prestar los gladiadores: «Juramos sufrir el fuego, las cadenas, las correas, la muerte, todo lo que quiera de nosotros el emperador, á quien nos entregamos en cuerpo y alma.»

(4) Friedländer, II, p. 411, 445. El eje mayor del Coliseo, incluidas las construcciones, tiene 188 metros y el menor 156; la arena 76 por 46. Se disponía en él de 87.000 localidades de asiento, pero además podían asistir de pie 15.000 espectadores. Después de Italia, seguía en número la Galia, donde se han encontrado ruinas de 55, pero tomando muchos teatros por anfiteatros. En Numidia, en el África propia y en España se han contado restos de unos veinte. En las provincias septentrionales no se encuentran restos de tales construcciones, ni en Grecia tampoco, salvo Corinto que era una colonia romana; en Oriente hubo muy pocos. En la Edad media el verdugo fué á veces también una fiera (Friedländer, *Cultur der Renaissance*, 288, 2).

(5) Augusto dice (*Monum. Ancyr.* 22) que en los juegos que dió durante su reinado combatieron 10.000 hombres. En 44 años resulta un término medio de ciento quince muertos ó heridos, saliendo bien de su empeño la mitad de los gladiadores. Hay que tener presente que los gladiadores heridos, si no lo eran mortalmente, tenían buena asistencia hasta lograr su curación, como quiera que, perteneciendo á una empresa, representaban un capital que no se abandonaba cuando se podía salvar.

go, que la creencia religiosa que había llevado juegos sangrientos al rededor de los sepulcros, no estaba extinguida aún en tiempo de Cómodo, tiempo en que se encuentra un combate de gladiadores dado «por la salud del príncipe.»

Fuera de esto, las leyes de los romanos eran atroces multiplicando al infinito los casos de pena capital, y luego, el derecho de gentes ponía al vencido á merced del vencedor. El gladiador costaba caro y un criminal expuesto á las fieras era siempre una economía para el tesoro. El asesino, el incendiario, el ladrón, el sacrilego, el soldado insubordinado, etc., todos disminuían los gastos de los juegos, obligados á combatir entre sí ó con las fieras.

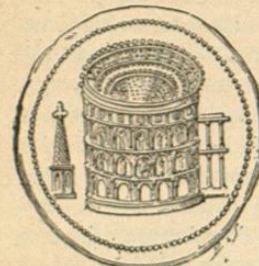
En cuanto á los prisioneros de guerra, demasiado bárbaros para ser destinados al servicio doméstico, ingresaban en las escuelas de gladiadores, donde bien comidos y bebidos se ejercitaban en el oficio hasta que se hallaban en aptitud de presentarse en la arena, donde con valor y destreza libraban algunos la vida.

Los grandes degüellos venían tras las expediciones afor-

munadas: en tiempo de Vespasiano, cuando cayó Jerusalén; en el de Trajano, al rededor de la última guerra dálica; en el de Aureliano y Probo, después de sus triunfos. Pero los combates aislados que se daban continuamente á lo largo de las fronteras suministraban cautivos, que no embarazaban la dureza romana. Se alistaban ó vendían los que parecían dóciles, y los demás ingresaban por fuerza en las compañías de gladiadores. Hasta en época ya cristiana decían los panegiristas de Constantino: «La perfidia de los bructeros no ha permitido emplearlos como soldados, ni su carácter salvaje venderlos como esclavos: arrojándolos á las fieras has hecho servir este exterminio de enemigos del imperio á los placeres del pueblo. Es el mejor triunfo que se podía imaginar.»

No todos los gladiadores perecían en la arena, pues en cada fiesta se salvaban muchos con su destreza, y no pocos sanaban de sus heridas, sobre todo, cuando era Galeno quien los asistía, y algunos llegaban á la celebridad. Los héroes de la arena eran tan populares en Roma, como los héroes del circo. Los poetas los cantaban y los pintores y escultores perpetuaban sus hazañas en los palacios, en los sepulcros y hasta en los templos.

Así, el atractivo del peligro, la pompa embriagadora del espectáculo, los aplausos de la multitud, el deseo de señalarse en medio de aquella magnificencia, por algún golpe famoso, cuya hazaña encontraría la recompensa (2), arras-



El anfiteatro Flavio (el Coliseo) (1)



Anuncio de un combate de gladiadores, encontrado en Pompeya (3)

traban á la arena á nobles jóvenes del orden ecuestre y aun del senatorial. La ley lo prohibía y aun imprimía nota de infamia al gladiador; pero las costumbres eran más poderosas que la ley: el emperador Macrino había sido gladiador. La necesidad de emociones violentas, que está en la naturaleza humana, encuentra satisfacción, según el carácter de los pueblos y de los individuos, en espectáculos diferentes. Esta necesidad llevaba á la inteligente multitud de Atenas á las tragedias de Sófocles y de Esquilo tan llenas de terror religioso, é impelía á la arena del anfiteatro á los hijos de aquellos rudos soldados, cuya fortuna había

hecho la guerra y que parecían haber trasmitido á su posteridad la afición á la sangre.

Algunos de los actores de estos sangrientos juegos encontraban en ellos la fortuna: el económico Tiberio ofreció hasta cien mil sestercios á gladiadores eméritos para decidirlos á reaparecer en la arena, y Nerón dió vastos dominios á algunos mirmilones de su gusto.

Hasta está uno tentado á creer que viendo á estos hombres dando ó recibiendo la muerte con tanto valor, conservaron los pueblos de Occidente un resto de virilidad, que no tuvieron los de Oriente, donde estos espectáculos no fueron nunca populares (4).

El restaurador de la disciplina militar, Adriano, creía útiles estos ejercicios y se dedicó á ellos: *gladiatoria quo que arma tractavit*; Tito y Vero hicieron lo mismo, y si

(1) Reverse de un gran bronce de Tito representando: en el centro, el coliseo; á la izquierda, una pirámide, y á la derecha parte de la Casa de oro.

(2) Esparciano, *Macr.* 4. En el reinado de Tiberio, en que los juegos eran raros, oyó Séneca á un mirmilón quejarse de que se le dejaba perder sus mejores años en la ociosidad (*de Prov.* IV, 4). Los gladiadores eméritos que no habían sabido conservar nada de sus lucros, se hacían sacerdotes mendicantes de Belona (Schol. de *Juv. Sat.* VI, 105).

(3) Traducción: «La compañía de gladiadores de Aulo Suetio Cerio, edil, combatirá en esta ciudad de Pompeya el día antes de las calendas de junio (el último de mayo). Habrá caza y toldo (*velarium*) para resguardarse del sol.» Mazois.

nuestras leyes no se opusieran, aun veríamos gladiadores voluntarios.

Un autor de la época de Constantino explicaba esta cos-



Mirmilón (restauración) (1)

tumbre con una idea religiosa y guerrera al mismo tiempo. Antes de entrar en campaña, se daban juegos de gladiadores para habituar al soldado á la vista de las heridas y hartar á Némesis de sangre (2).

En toda la literatura latina, Séneca es acaso el único que, respecto de estos sangrientos espectáculos, hubiera pensado como un moderno (3).

«Ese bandido, dice, mató á un frecuentador del anfiteatro y es justo que sufra lo que él hizo sufrir. Pero tú, desgraciado, ¿qué has hecho para ser condenado á semejante espectáculo?»

No se comprendería esta perversión del sentido moral por parte de hombres positivamente honrados y bondadosos, como Marco Tulio y Plinio el Joven, si no hubiéramos visto á las almas más dulces justificar la inquisición y aprobar el San Bartolomé. La moral es también obra del tiempo que con lenta y pausada elaboración aparta los buenos sentimientos de las malas pasiones en el seno de la humanidad, y no siempre hay más mérito en valer más ó ser mejor, cuando este mérito consiste solamente en haber venido más tarde (4).

(1) Museo de San Germán.

(2) Capitolino, *Max. et Balb.* 8.

(3) *Epist.* 7. Sobre el atractivo de estos espectáculos, véase la curiosa historia de Alipio, contada por San Agustín (*Confes.* VI, 8).

(4) La moral es eterna y no se ha descubierto aun un principio

V. — EXAGERACIONES DE LOS MORALISTAS Y DE LOS POETAS EN LA PINTURA DE LA SOCIEDAD ROMANA

¿Valían más las costumbres privadas que esta parte de las públicas? Sí y nó, según lo que se mire y lo que se escuche. No miréis más que á Roma, Antioquía y Alejandría, focos purulentos de una inmensa aglomeración de hombres, donde se desarrollan más enfermedades morales que físicas, y encontraréis legítimas todas las acusaciones. Lo mismo será si creéis bajo su palabra á los moralistas que lo ven todo negro y á los poetas de comedias y sátiras que todo lo ven feo, porque la regla de los unos es condenar siempre el presente en honor del pasado, y la de los otros estudiar casos excepcionales, tomar monstruosidades sociales como fieles representaciones de la sociedad entera. Donde sería menester un matiz ponen ellos un tono fuerte y duro que determine el relieve, y así no se percibe más que lo que resalta. La vida tranquila y honrada, sin muchas virtudes ni muchos vicios, esa vida de todos los días, que es también, poco más ó menos, la de todo el mundo, no los atrae más que halaga la llanura al viajero en busca de precipicios y bellos horrores. Hacen arte y elocuencia sin



Retiario ó gladiador de red (5)

curarse de la verdad, y hacen bien, puesto que la elocuencia y el arte, dos bellas cosas, son también cosas útiles por

que Platón no hubiera conocido; pero el conocimiento de la moral no es el mismo en todos tiempos ni en la misma época para todos los hombres.

(5) Museo de San Germán.

las cuales son advertidos unos, y otros corregidos. Pero no muestran sino una mínima parte del cuadro en vez de mostrar el cuadro entero, y si se aplicara su procedimiento á todas las épocas, no habría una sociedad que no pareciera abominable.

Séneca se burlaba ya de estos hombres que hacen siempre el proceso de sus contemporáneos: «¡Las costumbres están perdidas! ¡La maldad triunfa! ¡Toda virtud y toda justicia desaparecen! ¡Ha degenerado el mundo! Esto se decía en tiempo de nuestros padres; esto mismo se dice hoy, y se repetirá aun por nuestros hijos.»

Tomemos por ejemplo una epopeya de truhanes, el *Satiricón* de Petronio. Este libro singular recuerda la libre bufonería de Rabelais: la perla está aquí junto al estercolero, el sentimiento junto á la suciedad. Es, se dice, es la comedia humana en tiempo de Nerón. En buen hora, pero en las zahurdas adonde el autor lleva á sus héroes, gente de saco y de cuerda, poseída de inmoralidad de tal manera que ni tiene conciencia de su degradación. Tácito y aun Suetonio dejan las infamias á media luz; Petronio y Juvenal lo presentan todo en su vergonzosa desnudez. Sería preciso descender en medio de estas inmundicias donde toda gran sociedad deja arrastrar un paño de su manto. Pero el latín tiene giros exclusivamente suyos y cuando es latín de Petronio ó de Apuleyo, es absolutamente imposible tomarse en nuestra lengua las libertades ó licencias que él se toma. Quien desee ver de cerca el fondo oscuro de la civilización latina lea estos libros por completo ó vaya á ver la obra maestra de un artista que ha querido pintar la decadencia romana. En una de aquellas magníficas *villas* que los ricos de Roma edificaban con los despojos del mundo, los hijos de los Fabricios y de los Gracos se divierten en vergonzosa crápula al pie de las estatuas de sus padres y á vista de ojos de dos severos estoicos que se libran de la embriaguez de las flores, de las mujeres y del falerno. Roma vió estas orgías patricias, este delirio de los sentidos, y las capitales modernas, aun las que pasan por más morigeradas, las ven todavía. El cuadro es una página de historia; pero de una historia que se encuentra en todas partes donde se hallan la juventud, el oro y la ociosidad de una vida inútil.

Petronio, completado por Marcial, Apuleyo y Juvenal, ha dado muy mala fama á la sociedad romana. Pero estos escritores, cogidos por la palabra, querían ante todo solazarse y reírse, y con ellos se han reído y solazado personas muy honorables á quienes no espantaba ninguna libertad de lenguaje, como hubiera en ella ingenio y arte. En el siglo de las *Preciosas* el gran Condé gustaba de oír leer el *Satiricón*, y Molière nos parece hoy asaz atrevido. Un poco más tarde, Mme. de Sevigné enviaba á su hija los *Cuentos* de La Fontaine, que ella admiraba y nosotros no leemos ya; y un ministro, el conde de Pontchartrain, adquiría para su biblioteca particular, como amables curiosidades, los libros que el parlamento mandaba quemar.

Como toda gran ciudad tiene sus cloacas, toda gran sociedad tiene sus inmundicias. Estamos justamente orgullosos de la elegante y noble sociedad que rodeaba á Luis XIV: es nuestro gran siglo. En él hay heroicos soldados, magistrados íntegros, santos y mártires, literatos y sabios que son honor y gloria de Francia; pero también hipócritas de religión y de virtud que fueron vapuleados por Molière y la Bruyère; grandes señores que hacían trampas en el juego y hubieran de buen grado arrojado sus siervos á las murenas, nobles damas que robaban á sus abastecedores, ó llevaban al país de Braquería sus cónicas y venales galante-rías, magistrados prevaricadores, ministros concusionarios,

en fin, todas las miserias morales que nos han revelado los archivos de la Bastilla.

En tiempo de Nerón, tenía Locusta escuela de envenenamiento; pero en el mejor siglo del renacimiento, se llamaba Italia *la Venenosa*; y entre nosotros, en tiempo de los Valois y de la Brinwilliers, se llevó á la perfección el arte de hacer desaparecer á una criatura humana. En el proceso de la Voisin, del abate Guibourg y el canónigo Du-long, hubo que cortar las indagaciones por temor de encontrar cómplices hasta en el real palacio. ¿Es decir que, para aquella gloriosa época, sea menester buscar los representantes de Francia en la Bastilla y en los garitos? De ninguna manera. Pues lo que hacemos con nuestra historia vamos á hacer con la del imperio.

*Petronio y el Satiricón.* Los romanos tenían algo particularmente odioso, el vicio griego, que había pasado del Oriente, donde reina aún, á la fuerte raza del Lacio y de la Sabinia, á la cual enervó. La reclusión de las mujeres orientales, la condición inferior á que se las sujetaba, la falta de una educación que las asociara á la vida intelectual de sus maridos, explican sin hacérselos comprender, esta abominable depravación. Pero en Italia era muy diferente la suerte de las mujeres. Sin embargo, hay que reconocer que esta vergonzosa aberración de los sentidos existía en este país y que al parecer no ofendía á nadie. En tiempo de la república, Cicerón, Bruto y César fueron sospechosos de haber conocido un vicio de que se jactaba Horacio y que cantó Virgilio. Hay que decir que habiéndolo puesto en el cielo con beneplácito de Júpiter, de Apolo y aun de Hércules, se llevaba sin indecoro ni vergüenza en la ciudad y en la corte, Vespasiano consagró la estatua de Ganimedes en un templo; Trajano llamó á los mimos porque no le desagradaba Pilades, y Adriano hace un dios de Antinóo, cuya estatua levantan sobre sus muros las ciudades todas como para propagar el culto del dios invencible y homicida.

Nosotros hemos tenido en nuestra vieja monarquía el reinado de las favoritas, que si menos repugnante, no valía más para la buena administración de los negocios públicos: el imperio romano no conoció la favorita del rey y los Ganimedes no tenían ninguna influencia.

Viendo desaparecer tan rápidamente las antiguas familias y vivir estériles tantos matrimonios, hasta el punto de que desde César á Antonino, en doscientos años, ningún emperador dejó hijos, salvo el modesto burgués de Reate, estamos por creer que la sangre italiana se había depauperado, como la tierra de Italia había perdido su fecundidad. Ciertamente que las generaciones se gastan más aína en la opulencia, en el deleite y en las curiosidades malsanas de una vida ociosa; pero la nobleza romana tenía dos enemigos particulares: con los malos príncipes, el lictor, la segur; en todo tiempo, el vicio griego, que á pesar de las leyes caducarias, aferraba al celibato y si de suyo no mataba, impedía la propagación (1). Hay que añadir esta causa á las que trajeron tan rápidamente la extinción de la antigua nobleza (2).

El *Satiricón* da amplia cabida á estas repugnantes pinturas, pero no tomaremos de él sino semblanzas aceptables y algunos rasgos de aquella vida de provincia, que los historiadores preocupados con Roma dejaban siempre en las sombras.

(1) Una ley moral alentó acaso esta inmoralidad, la *lex Julia de adulteriis* con su extremado rigor y con la facilidad que dió á los delatores para perseguir por este medio á los que no podían atacar por otros conceptos.

(2) *Difficile est vero nubere, Galla, viro.*  
(Marcial, *Epigr.* VII, 58.)